

CAJA DE HERRAMIENTAS

Fabio Morábito

p r e - t e x t o s

colección textos y pretextos

© FABIO MORÁBITO, 2009

DE LA PRESENTE EDICIÓN:

PRE-TEXTOS, 2009

LUIS SANTÁNGEL, 10
46005 VALENCIA

IMPRESO EN ESPAÑA

ISBN: 978-84-92913-00-8 • DEPÓSITO LEGAL: V-¿?-2009

DISEÑO GRÁFICO: PRE-TEXTOS (S.G.E.)

ILUSTRACIÓN DE LA CUBIERTA: *Tijeras*, Nona León, 2009

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada por los editores,
viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

GUADA IMPRESORES - TEL. 961 519 060 - MONTCABRER 26- 46960 ALDAIA (VALENCIA)

LA LIMA Y LA LIJA

LA lima pertenece a la familia de los instrumentos descabezadores, guillotinescos, de los utensilios que arrasan, que amputan, que quitan de en medio. Pero a diferencia del picahielo, del cincel o del machete, que concentran su fuerza en un solo punto, la lima distribuye su impacto en un reticulado aparentemente modesto y poco veleidoso que a la postre se revela irresistible. La lima obra por persuasión, disminuye la potencia del ataque a cambio de multiplicarlo; en lugar de una sola punzada fuerte, muchas punzadas débiles, una tras otra, que agreden ordenadamente como un ejército de hormigas, con más monotonía que pasión, pero sin errores posibles.

Ahí están las olas del mar. Retumban sordamente contra la playa. Cualquier relieve que deba ser eliminado de la superficie de un objeto padecerá un ataque marino por parte de la lima: nunca tendrá tiempo de recuperarse de una punzada, pues las punzadas que siguen ya estarán sobre él, hundiéndolo. Esto es lo que hace la lima: hundir lo que sobra, lo que está de más, ahogarlo gracias a la perseverancia de sus huestes.

Esta sensación de multitud es tan aguda que a primera vista parece que la lima está hirviendo. No es de extrañar. Es un instrumento lleno de fuego. Se dedica a jurar. Su índole juramentaria le viene del diseño reticular de su lomo. La lima es una sucesión de nudos. Los juramentos son eso, nudos. Ya se sabe cómo aprietan el mundo. “Juro que no amaré a nadie más que a ti”, se dicen los enamorados, y el mundo queda reducido al ta-

maño de un cuartito. Así la lima: es la estrechez pura, el amontonamiento, la asfixia. Sus estrías se aprietan como un laberinto. Todo lo que se estrecha demasiado se hace rugoso, se hace lima.

La lima jura por otra razón, porque es ciega; tiene mil ojos, y eso la vuelve ciega; tiene mil bocas y es muda. Entonces jura hasta el cansancio. Basta verla en acción, cómo se obstina y acalora, no cesa de jurar. Y no deja de escupir briznas, serrín, astillas o polvo, exactamente como ciertos hombres, cuando juran, escupen al suelo para quitarse el agua del cuerpo, para quedar secos y ardientes. Porque un hombre con agua dentro es poco fiable; el agua cubre, enturbia, afemina; si quiere que le crean cuando jura, un hombre tendrá primero que escupir, volverse terso y duro para lograr la tersura y dureza de sus palabras. La lima es así, ya lo ha escupido todo, tiene la garganta reseca, es pura cicatriz y puro fuego. No se la puede tocar después de haberla usado, las estrías están tan calientes que casi zumban. Han jurado como endemoniadas.

La lima interviene cuando los otros instrumentos descabezadores carecen del suficiente apoyo para obrar; ahí donde la excrecencia que se desea eliminar es demasiado modesta para un ataque frontal, hace su aparición la lima, especializada en ataques oblicuos. Entra en acción cuando las otras herramientas amputadoras, por carecer de un apoyo firme, comienzan a resbalar, perder el paso y ponerse frívolas. La lima no resbala nunca, es la seriedad por excelencia, no se distrae, no se permite el menor quiebro, la más mínima pérdida de concentración. Basta ver cómo funciona. Dos fuerzas opuestas se ejercen en ella: una, que presiona sobre la superficie que se desea limar, que hace adherirla firmemente a esa superficie y parece desear la inmovilidad de la lima; la otra, longitudinal, emergente, que empuja la lima hacia delante y que representa esa porción de la materia que no ha olvidado aún el placer del deslizamiento y lucha continuamente para que *ocurra algo*. Del resultado de esta

contienda surge la lima, el retículo, la superficie articulada, donde la lisura primigenia (que es el agua y la habladuría) se ha disciplinado y virilizado, mientras el subsuelo selvático (que es la piedra y la mudez) se ha vuelto más tenue y dócil para permitir el habla, el canto. El resultado es la pronunciación perfecta, clara, rigurosa, casi humana de la lima. La lima habla con todos sus dientes, no se come ninguna vocal ni consonante, cumple con todo el alfabeto, es una muestra cabal de buena dicción. Y el hombre, jaloneado por las mismas fuerzas contrarias, por lo liso y lo selvático, por el agua y la piedra, es precisamente eso, una lima, un animal rugoso. De ahí que tenga el don de la palabra.

A diferencia de la lima, la lija no está constituida por estrías sino por una multitud de gránulos que dulcifican notablemente su impacto. Más que de un trabajo de persuasión habría que hablar aquí de un trabajo de ruego, incluso de plegaria. Lo que probablemente inspiró el invento de la lija, además de la lima misma, son las playas. El mar se mantiene limpio a fuerza de frotarse con ellas; a cambio, como dijo un poeta, las adormece. Pero las playas no sólo pulen y limpian, también absorben el agua y se empapan. La lima, con sus estrías, desagua fácilmente cualquier líquido, es una obra perfecta de drenaje. Al revés, la lija, que es pura pulverización –lo que la hace desde luego más flexible y capaz de introducirse en rincones inalcanzables para la lima–, está más cerca del caos y de lo húmedo. Pero ambas, la lima y la lija, de lo húmedo a lo seco, del juramento a la plegaria, comparten el mismo placer: el de la abrasión, la erosión, la abstracción. Toda materia, gracias a ellas, puede desentrañar pacientemente su filo más sincero, su íntimo mediodía.

LA ESPONJA

SI en un plano colocamos cierto número de pasillos y galerías que se cruzan y comunican, obtenemos un laberinto. Si a este laberinto le conectamos por todas partes, arriba, abajo y a los lados, otros laberintos, es decir, otros planos de pasillos y galerías, obtenemos una esponja. La esponja es la apoteosis del laberinto; lo que en el laberinto es todavía lineal y estilizado en la esponja se ha vuelto irrefrenable y caótico. En la esponja la materia *galopa hacia fuera*, repelente a cualquier centro. Es dispersión pura. Imaginemos una manada de animales que huyen del ataque de un felino y, dentro de esa manada, a un grupo de individuos situados bastante lejos de la fiera pero no por ello menos aterrorizados. Ese trozo de manada marginal, aterrado pero relativamente a salvo, es una esponja.

Es esto lo que nos hace sentir que la esponja es la herramienta menos dueña de sí misma, la más exterior, la que no guarda nada. Sus miles de cavidades y galerías son como la disgregación que en cualquier estallido precede la pulverización final; su asombrosa falta de peso es ya un principio de caída y ausencia. Frente a eso, la ligereza de una pluma de ave tiene escaso mérito; está demasiado conectada con su pequeñez; es una ligereza que se comprueba pero que no sorprende. La de la esponja, en cambio, es una ligereza heroica.

Esa ligereza es prueba de su total disponibilidad y entrega. Incluso, de tan extrema, esa entrega parece tomar la forma de una rapacidad insaciable. La esponja chupa y absorbe, pero no

tiene ningún receptáculo fuera de ella misma donde guardar lo absorbido. Carece de aparato digestivo. No procesa nada, no retiene nada, no se adueña de nada. Tan sólo es capaz de presertarse hasta el último retículo. ¿Para qué? Ni ella lo sabe. Por eso no habla, confabula. El agua la invade como una consigna que nadie entiende, pero que todas sus galerías repiten con apuro propagándola como un incendio. Ninguna boca queda muda. La esponja es acrítica. De ahí lo fácil que es penetrarla por arriba y por abajo, hurgar hasta sus últimos escondrijos y aligerarla de todos sus secretos. Basta volverse agua. ¿Y quién no se vuelve agua frente a una esponja? Miremos al hombre que tiene una esponja en la mano, cómo la manosea y observa; está mimando, sin quererlo, los movimientos del agua. Y el agua no se halla nunca tan dueña de su expresión, de su voz, como dentro de una esponja. Lo que hace la esponja con sus mil ramificaciones es frenar la caída del agua para que ésta se nombre a sí misma sin dificultad, limpia y humanamente. En la esponja el agua recobra fugazmente manos y pies, tronco, dedos y cartílagos, o sea, un germen de autoconciencia, y *vuelve a sí misma* después de cumplir con una tarea concreta: escudriñar a fondo, sin errores ni olvidos, un cuerpo que permanecía seco. Plenitud no sólo del agua sino del amor.

Pocas cosas, pues, tan de cabo a rabo como la esponja. Es el anonimato en su forma más pura. No tiene carácter, es decir, hábitos, manías, reincidencias, callosidades, endurecimientos. Su dibujo capilar es ecuánime, no hay ahí obstrucciones como tampoco vías rápidas, atajos o brechas; cada membrana y cartílago participan con la misma intensidad en la actividad en común. Es como si la materia, por una vez, hubiera renunciado a cualquier acumulación de fuerza en algún punto, a la menor superposición de residuos; como si se hubiera empeñado en fraccionar el menor asomo de ganglio, veta o nervio; como si a través de tortuosos cálculos, rodeos, idas, vueltas y repasos in-

cesantes hubiera acabado con toda inercia y terquedad; con toda estupidez. Resultado: una materia ágil y despierta, recorrible y pronunciable. Y algo más: una materia sin poder, ignorante en el sentido más puro, no ajena a la emoción.

La mitad de la mitad de la mitad; he aquí la pequeña ley que rige a la esponja. Una ley que la esponja lleva a cabo con una obstinación y un rigor admirables, y que quiere decir, sin más, la partición al centésimo, al milésimo o a lo que haga falta para neutralizar cualquier intento de sedimentación, de tribalización, de patriarcado. Siendo que su pasión es la confabulación y el jolgorio, la lubricación y el bombeo, lo que necesita son bifurcaciones y desvíos, y desvíos de desvíos, y ramales de ramales de ramales; todo fraccionado, todo a la mitad de la mitad, todo en giro, todo femenino, todo ya.

En resumen, la esponja no admite sumas ni acumulaciones. Es franciscana. Y otra cosa: tiene temperamento atlético; no puede permitir que nada se enfríe, que envejezca. Así, aunque no lo queramos, cada vez que exprimimos una esponja, en los cartílagos y tendones de nuestra mano se insinúa el secreto deseo, que nunca nos abandona, de rehabilitarnos a fondo, de ser otros, disponibles y ligeros como el primer día. Pues no cabe duda de que el primer día era sencillamente eso, una esponja.